

LA LECTURA: PLACER Y FORMACION

Por Eduardo Mora-Anda

Debo a la lectura algunos de los momentos más dichosos de mi vida.

Cuando era niño, había unas bellas ediciones de Sopena, de Aguilar y de Editorial El Molino y en ellas descubrí al Gulliver de Swift, a Bertoldo y Bertolino de Croce, a Alicia en el País de las Maravillas. Ello me recuerda el poema de Borges:



“Las lentas hojas vuelve a un niño y grave
sueña con vagas cosas que no sabe....”

Julio Verne fue todo un acontecimiento en mi vida. ¡Tantas novelas de aventuras, imbuidas de ciencia y de geografía y de sentido de aventura! La vida puede tomarse como una rutina, como una tragedia o como una aventura. Julio Verne me enseñó a tomar la vida como una aventura. No se trata en él de las aventuras de ciencia ficción en donde el ser humano se ve compelido por unas

máquinas frías y toda la trama de la acción se desarrolla con una violencia infinita. Existe una enorme diferencia entre la "Guerra de las Galaxias" y "Dos años de Vacaciones". No, las aventuras en Julio Verne no son unos episodios de violencia y de máquinas infernales, sino unos viajes impredecibles en los que existen peligros pero en el horizonte humano es amplísimo y la inteligencia de las gentes despliega todos sus recursos y así se da una exploración de los países y el feliz ensayo del ingenio de los hombres. La vida como sana aventura nos lleva a una conclusión feliz: la vida es interesante, la vida bien vivida puede ser fascinante. La lectura como viaje de solaz y aventura se da también al leer a Swift, Robert Louis Stevenson y Jack London. Sumada al sentido de humor, la aventura juvenil aparece también en Mark Twain.

Más tarde descubrí en Theilhar de Chardin que la vida no sólo era una aventura sino, además, un viaje a la plenitud. De ello deducí que lo que vale leer es lo que nos lleva a una vida plena. Verne me llevaba a soñar en aventuras. No hay lectura feliz sin sueños. Los sueños forman los ideales. La lectura da ideales y valores y estos son los que nos guían para actuar.

La televisión también da valores, ciertos o falsos y equivocados, pero no da un espacio para la meditación. Se ve aquí la inmensa diferencia que media entre los juegos electrónicos y los juguetes simples. Para la imaginación del niño las cosas más simples pueden adquirir significados encantadores: una caña es un brioso caballo, una caja es un castillo... El niño imagina y crea. Con los juegos mecánicos, en cambio, el niño sólo es un espectador, o un contestador automático. El nintendo es un atentado contra la imaginación humana.

Pero imaginar, leer, reflexionar, meditar, requieren de paciencia. Son operaciones interiores que se hacen sin apuro y, como anotaba Eric Fromm, nuestra sociedad "moderna, occidental, industrializada", alienta precisamente lo contrario: la rapidez y la prisa.

Los jóvenes siempre fueron impacientes, pero ahora como que la impaciencia se ha generalizado a todas las generaciones y entonces nadie parece estar dispuesto a largas lecturas y meditaciones, para imaginar y reflexionar. Todos vivimos ahora acelerados y falta mucho de ese moroso diálogo, despacio, plácido, cordial, que antes se daba en las familias y entre amigos. Ahora "se actúa con rapidez" para ganar tiempo y después no se sabe qué hacer con el tiempo o se lo pierde en los atascos del tráfico o en una discoteca.....

Un aspecto valioso de las novelas de aventuras y de las biografías es el de la presencia de los héroes. El héroe despierta alientos de superación e ideales. El

héroe es necesario. Mis héroes han sido diversos pero casi todos ellos han brotado de mis lecturas.

Por ejemplo, me impresionaron mucho "Las Florecillas de San Francisco", ese libro tan hermoso e ingenuo y así nacieron en mí los ideales de fe, sencillez y desprendimiento. Leí una biografía de Alexander Fleming, el descubridor de la penicilina, y me nació el ideal de investigar. "Los Tres Mosqueteros" me enseñaron el compañerismo. Las biografías de Gandhi y Albert Schweitzer enseñan, a su vez, la nobleza de ideales y la generosidad. Algunos años después descubrí "Los Héroes" de Carlyle. Un estudio reciente efectuado en Estados Unidos, revela que el abuso de drogas, la tendencia al suicidio y la violencia entre adolescentes están ligados a la falta de héroes.

Por otro lado, el sentido del humor, el aspecto cordial de la vida, son elementos indispensables en el sano desarrollo de la personalidad humana. No hablo aquí del chiste grosero o el humorismo de cuartel, sino de un modo de mirar la vida lúcido y risueño. Esta idea cordial y humorística de la vida, asoma sobre todo en "El Elogio de la Locura" de Erasmo, libro sapientísimo que todos deberían leer, en el que se analizan las ridiculeces que cometemos todos los seres humanos y en el que, por lo mismo, se aprende la humildad y la difícil tolerancia.

El sentido cordial de la vida y el buen humor lo encontré también en el "Tartarín de Tarascón" de Alphonse Daudet y en los libros de Chesterton.

Vale leer también la "Utopía" de Tomás Moro y los ensayos de Montaigne para advertir los absurdos de la sociedad y lo que es un espíritu ecuánime. Todos estos libros son formativos. Enseñan las virtudes de la serenidad, la paz y la tolerancia. En una palabra, el sentido de humanidad.

El amor a la naturaleza lo aprendí viviendo en el campo pero lo hallé también en lecturas enaltecedoras como el "Cántico de las Criaturas" de San Francisco, y las poesías de Gonzalo Berceo y de Juan Ramón Jiménez y, por cierto, en "Walden" de Thoreau.

La sabiduría de la sencillez la encontré asimismo en esas plácidas experiencias de mi niñez en el campo, pero también la hallé en la poesía de Horacio y Fray Luis de León, en la de Amado Nervo y la de Pedro Salinas, e igualmente en las ya mentadas "Florecillas de San Francisco" y en el "Diálogo entre un Teólogo y un Mendigo" del místico medieval Juan Taulero. Y, desde luego, en lugar preeminente, en Henry David Thoreau y su "Walden", obra cimera para quienes amamos la independencia del espíritu. E también, de otra manera, la

sencillez me iluminó cuando leí los libros claros, nítidos, serenos del gran Azorín, uno de los más importantes escritores de la generación española de 1898. Azorín me enseñó a escribir, me enseñó a ser claro, castizo y sencillo en el decir. El "Don Juan" de Azorín me fascinó desde un comienzo. Azorín es el mejor maestro para escribir bien en castellano. Basta leerlo para aprender a manejar mejor nuestro hermoso idioma.

Un gran error ha constituido aquello de tratar de fomentar la lectura en los jóvenes y niños, pero sin ver que se encuentren con libros verdaderamente fascinantes, que les transmitan el amor a la vida y les inspiren el cultivo optimista del espíritu. No basta con leer cualquier cosa o lo que está de moda. La formación del individuo y el desenvolvimiento sano e integral de la sociedad requieren que conozcamos ciertas verdades y determinados libros básicos o iluminados. En cuanto al ámbito espiritual, todo joven debería leer por lo menos los Evangelios, el Bhagavad Gita y el Tao Te King de Lao Tse. Base espiritual y sostén para encumbrarse y vivir. Otros libros de gran elevación y nobleza son el "Gitanjali" de Rabindranath Tagore, obra de desusada belleza, la autobiografía de Mahatma Gandhi y los Ensayos de Emerson.

No planteo una educación confesional sino una educación libre y completa, tanto para el cuerpo, como para el alma y el espíritu, para el ser humano íntegro. Sólo viviendo nuestra integridad somos humanos en el pleno sentido de la palabra.